

APUNTES RADIOLÓGICOS

POR ENRIQUE FLORES

Antes de la operación del martes, me sometí a un tratamiento de medicina nuclear. Me condujeron en silla de ruedas por largos pasillos del hospital, medio a ciegas por haberme quitado los lentes de contacto, hasta un cuarto muy frío donde no había más que un médico y una enfermera. Allí el médico me explicó el procedimiento y me advirtió que me pondrían cuatro inyecciones de una sustancia radioactiva, todo ello frente a una máquina parecida a un sarcófago que despertó mi curiosidad. Tras las inyecciones, que efectivamente fueron muy dolorosas, me recostaron en la máquina y comenzó la prospección, que duró aproximadamente una hora y media en total. Los primeros tres cuartos de hora son los que quiero recordar, sobre todo por las asociaciones que la experiencia despertó en mí. En forma muy resumida diría que lo que ahí se convocó fue una suerte de ritual contemplativo, absolutamente solitario, maquínico, que me hizo evocar mi experiencia dual con la ayahuasca (las dos primeras veces que ingerí la planta en la Amazonía). Todo era análogo, y me hizo pensar en el epígrafe de mi análisis del *Segundo sueño* de Ortiz de Montellano, una cita de Valéry donde se habla de la cirugía como una especie de ritual antiguo presidido por sacerdotes-cirujanos. Cerca de Iquitos, en la selva amazónica, tomé ayahuasca por primera vez en una cabaña abierta al espacio exterior, después de hablar por horas con la vegetalista, en completa soledad, ante una imagen de la virgen de Guadalupe, al llegar la noche. Fueron horas de una experiencia más que nada conceptual, incluso ella riéndose me señaló que la falta de visiones tenía quizá que ver con mi excesiva propensión conceptual. Pero fue una experiencia muy importante para mí. Todo el tiempo evoqué, y así se lo comuniqué a la chamana, mi análisis de Montellano, o más bien el *Sueño* de sor Juana y su deriva quirúrgica en el *Segundo sueño*. El cuerpo como un cadáver con alma, muerto a la vida y a la muerte vivo. Y esa fue la experiencia: un frío enorme, una vivencia sobre todo corporal, más que alucinógena o visionaria, de temor e inmovilidad absolutas, aunque el diálogo con la vegetalista (todo allí era femenino: ella, la Virgen y la ayahuasca) se mantuvo casi todo el

*Enrique Flores

es doctor en Letras Hispánicas por El Colegio de México. Investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas y profesor de Literatura Colonial y Etnopoética en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Algunos de sus libros son: *La imagen desollada*, *Los tigres del miedo*, *Relatos populares de la Inquisición novohispana*, *Sor Juana chamana*, *Etnobarroco* y *Theatrum Chemichum*. El texto aquí publicado es una carta enviada al poeta Reynaldo Jiménez el 11 de noviembre de 2017.

tiempo, esporádicamente, hasta terminar. Sentía que estaba bajo tierra, o bajo el agua, en un entorno subterráneo o subacuático por su profunda humedad y frialdad, recostado e inmóvil, boca arriba y con los ojos abiertos, como si me encontrara dentro de una tumba. No había angustia. Las visiones se anunciaban constantemente, aunque nunca alcanzaron a llegar, lo cual no me preocupó nunca. Pero el canto de la vegetalista, decía algo así como: “Ya viene, ya viene...”, algo que pude escuchar en sucesivas tomas de la planta, en otros lugares. La segunda experiencia, en Iquitos, del otro lado del Amazonas, una noche en que cruzamos el río con el chamán para arribar a una choza a la intemperie donde pasamos el resto de la noche acompañados de una pléyade de plañideras locales que iban a curarse ahí, y que en medio de la tormenta nocturna parecía una balsa a punto de naufragar, fue más impresionante. Ahí el vegetalista, Roger, era mucho más “primitivo” o “salvaje”. No cuidó tanto de mí, había una pequeña multitud rodeándonos y lo acompañaba otro cantor de ícaros, que alternó durante toda la sesión nocturna con él. La sesión fue, insisto, impresionante y me llenó de terror en muchos de sus segmentos. Vomité todo lo que podía vomitar a lo largo de las horas. Las visiones llegaron, aunque nunca se estructuraron de un modo sólido y más bien consistían en sucesiones atemorizantes y crecientes de imágenes y geometrías psicodélicas y de colores altamente vivos de figuras serpentarias colmadas de luz y un sonido que era un profundo rumor. Los cantos del vegetalista venían a salvarme a cada rato del terror, ordenando de algún modo la proximidad del horror. A ratos también, y yo se lo agradecía, el vegetalista se acercaba a mí y soplabla el tabaco fuerte sobre mi cabeza, rumoreando ícaros y agitando su percusión vegetal en mi cabeza. Yo se lo agradecía. En los periodos más angustiosos de la experiencia, y de la noche, en medio del rumor de la lluvia y el río cercano, yo, inmóvil, percibía esa especie de autopsia, o de biopsia, que la planta realizaba en mí, y me atemorizaba su diagnóstico. Ahora, en el espacio de la medicina nuclear, yo recordaba ese análisis y me preguntaba si las sensaciones que yo había sentido en el tórax no eran como una lectura tomográfica, ayahuásica, del cáncer de piel (aunque en aquel momento yo pensaba

más bien en un mal cardíaco que la planta detectaba en mí). Fue una experiencia terrible, sobre todo física, comenzando por los vómitos pero continuando por esta suerte de exploración vegetal-corporal. Los cantos me parecieron siempre extraordinarios: de una parte los ícaros físicos, salvajes, multilingüísticos y polifónicos, sonoros, llenos de cosas como estornudos, tosidos, murmullos, rumores, voces en lenguas extrañas, soplidos, del vegetalista principal, y de otra parte las oraciones semi-cristianas del chamán de los responsos, que le hacía eco y renovaba de algún modo el canto principal. Era algo fascinante. Todo esto lo pensaba en la máquina nuclear, remitiéndolo todo al *Sueño* de sor Juana y al *Segundo sueño*. Pero a eso se agregó algo más: mi relectura más reciente del *Bardo Todol*, el *Libro tibetano de los muertos*, o de la *Liberación por el oído*, con el recuerdo de la performance ritual que acompañaba a la lectura efectiva del libro en el Tibet. Yo asociaba ahí la experiencia del poema de sor Juana, la experiencia quirúrgica de Montellano y mis experiencias con la ayahuasca con la experiencia de la muerte que veía vislumbrarse en un futuro próximo para mí. La experiencia del oído puro, la experiencia de la apertura, la posibilidad de dejar de aferrarse y abrirse a una experiencia desconocida y sin final. Todo ello como cuando cavilé en la ayahuasca, sin miedo, como una posibilidad. Me sorprendió pensar en aquel ámbito, el del hospital y el de la medicina nuclear, como otro ámbito “primitivo”, “antropológico”, en que los médicos, como los cirujanos de Valéry, fungían sin saberlo como sacerdotes, y en donde la máquina era otra forma de planta mágica. Y aquí hay que tener presente no solo el poder, sino la fuerza y la presencia personal y orgánica de la ayahuasca, con toda su potencia invasiva y de prospección. “Ya viene, ya viene...”, “Ya está llegando...”, “Ya entra en mí...”, “Ya me lee...”, “Déjala incorporarse...”. Como la medicina nuclear, o como la muerte. Y también pensaba, en aquella sesión contemplativa, en cómo llegaba yo ahí, cómo yo había percibido desde hace mucho tiempo aquellas líneas, aquellos rastros que de alguna manera me había empeñado en seguir. La ayahuasca, la cirugía, el sueño, el poema de sor Juana, mi propia muerte y enfermedad.

